

que asegure el buen desempeño del difícil encargo, yo debí obedecer y he obedecido; porque el primer acto de civismo es defender el territorio nacional cuando es violado por las fuerzas extranjeras.

No os hablaré de la notoria justicia de nuestra causa ni de la imperiosa necesidad de sostenerla; pero sí os recuerdo que esa necesidad, que comprende á todo mexicano, para nosotros es una obligación sagrada. Trátase de defender nuestros derechos conculcados, nuestro honor vilipendiado, nuestros hogares acometidos, nuestras familias amenazadas, nuestras propiedades invadidas, cuanto el hombre, en fin, posee de más precioso en la sociedad; y ¿seríamos fríos espectadores de la salvaje brutalidad de nuestros enemigos? No, jamás se dirá que la raza española, heroica en el antiguo mundo, degeneró en el continente de Colón.

Soldados: llegó el momento de la prueba; ella ni será larga ni dudosa; porque para triunfar sólo necesitamos seguir las huellas de la Nación de que procedemos. España se salvó en 808 porque nunca celebró paces ni treguas con sus invasores: imitemos su constancia y seremos salvos.

México, 3 de Abril de 1847.—*Pedro María Anaya.*

#### LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO, A SUS COMITENTES.

Mexicanos: El Congreso General extraordinario, á quien honrásteis con el arduo encargo de constituir definitivamente la República, y con el santo á la vez que terrible de salvar su nacionalidad, altamente comprometida en la presente guerra, cree de su más imprescindible deber dirigiros la palabra en estos momentos solemnes en que los enemigos se aproximan á la Capital, y amenazan con la repetición de las sangrientas escenas de que ha sido teatro la heroica Veracruz.

El Congreso, al indicar ligeramente las causas de esta guerra, no se detendrá en demostrar á los pueblos la justicia con que se defende la República, porque aquéllas y ésta son perfectamente conocidas, no sólo de la Nación, sino de todo el mundo civilizado.

¿Qué hemos hecho á los Estados Unidos, para que ese pueblo, celoso defensor de los principios democráticos para sí propio, se haya convertido en una hueste de vándalos, y venga destruyendo nuestras ciudades, apoderándose de nuestros bienes, asesinando á nuestros hermanos, y dejando por donde pasa una huella de sangre que degrada á los que se dicen hijos de Washington? ¿Fué por ventura un agravio haber abierto franca y lealmente nuestros puertos á su comercio, haber estrechado nuestras relaciones con tratados de todo punto favorables y desventajosos para México, y haber, por último, llamado á sus ciudadanos para que poblaran uno de los más ricos Estados de la República? Pues he aquí lo que México ha hecho con los Estados Unidos. ¿Y qué les debe en recompensa? Triste, pero necesario es decirlo. En todos los males que desde 1828 aquejan á esta desafortunada Nación, ha influido eficazmente ese pueblo ambicioso, que viendo en el rápido engrandecimiento de México, la señal segura de su decadencia, sembró arteramente la discordia en nuestra sociedad, que dividida desde entonces en bandos, ha bajado una por una todas las gradas que forman la desastrosa escala de las disensiones civiles, á cuyo pie se encuentran la miseria y la ignominia.

En efecto, los Estados Unidos del Norte no podían ver con indiferencia la prosperidad siempre creciente de los primeros años de nuestra federación; porque si este pueblo nuevo se alzaba socialmente á la altura de los demás, si ofrecía á los extranjeros las ventajas de la civilización moderna, y, en fin, si la paz, íntima aliada de la ilustración y único origen del progreso de las naciones, llegaba á cimentarse sólidamente entre nosotros, apoyada en la libertad civil y en la igualdad legal, y dando por frutos la seguridad de las personas y el aumento de la riqueza pública, el resultado era preciso é incuestionablemente la supremacía de la República Mexicana sobre todos los otros pueblos del Nuevo Mundo. La Europa, que no puede ya mantener á su población, se habría desbordado para venir á fecundar nuestros inmensos desiertos, desdeñando las nieblas y el hielo del Norte por gozar las delicias de un país virgen, donde reina una primavera continua, donde se disfrutaban á la vez las ventajas de todos los climas, y cuyas entrañas, después de haber enriquecido al mundo, encierran aún tesoros inagotables.

Esa inmigración asombrosa que añade largos guarismos en cada año á la Estadística de los Estados Unidos, habría venido á México, si las incesantes revueltas de que hemos sido víctimas, no hubieran puesto un valladar invencible entre nosotros y los pueblos del Antiguo Continente. Esas revueltas y esa desmoralización y esa casi normal anarquía en que hemos vivido, son, conciudadanos, el fruto funesto de la semilla sembrada por los Estados Unidos, que bajo mil formas diversas han agitado las pasiones y con mil distintos pretextos fomentado los odios, para conservar el dominio de la discordia, que franqueaba á la ambición de nuestros pérfidos vecinos la senda llena de sangre que debe comunicar los dos océanos, de Matamoros á las Californias.

Como un paso que debía conducirles á la consumación de este vasto plan, los Estados Unidos impulsaron la rebelión de Texas en 1835; y cuando la fortuna nos volvió la espalda en San Jacinto, apoyaron la independencia de aquella colonia, al mismo tiempo que hipócritamente nos tendían la mano de hermanos. De esta suerte avanzaba en el desarrollo de sus proyectos mercantiles y se formaba en Texas no sólo un aliado, sino un camino que les condujese á la India, conservando entre nosotros el germen de las revoluciones y el motivo de las gabelas. ¿Quién ignora que la guerra de Texas ha sido la causa ó el pretexto de no pocas revueltas, que no sólo han producido los males consiguientes á todo movimiento revolucionario, sino que han impedido el sólido establecimiento de un gobierno nacional? Si contáramos los millones de pesos que ya por contribuciones, ya por subsidios extraordinarios, ya por empréstitos, ya, en fin, por donativos se han gastado en la guerra de Texas, nos asombraríamos sin duda al ver la enorme suma que se ha perdido desde 1835, y que excediendo acaso del valor de aquel territorio, sólo ha dado por frutos la miseria, el agio, la bancarrota y la desmoralización.

¿A quién no ha causado un mal positivo la guerra de Texas? ¿Quién no lamenta la pérdida de un esposo, de un hijo, de un hermano, de un amigo; la paralización de su comercio y aun la completa ruina de su Hacienda? Esa guerra ha disminuido la población y las fortunas, sembrado los caminos y llenado las cárceles de malhechores, impedido el desarrollo de nuestros grandes elementos de prosperidad, y acabado en Europa con el crédito de la Nación Mexicana. La influencia que esa guerra ha ejercido en la suerte de la República, ha sido en verdad decisiva; y como ella fué provocada y sostenida por los Estados Unidos, con razón puede asegurarse que á éstos debemos todos los males que hemos sufrido y que nos han traído al deplorable estado en que nos hallamos.



He aquí, compatriotas, la conducta del Gobierno americano; he aquí cómo han tratado á una nación que llamaban amiga, esos hombres que se glorían de haber llevado á su última perfección los principios republicanos, y que no contentos con Texas, traspasaron los límites de este Departamento y nos han traído la guerra al interior del país. No es ya solamente el camino para la India lo que se busca: es una parte considerable de la República, con la que se quiere ensanchar la Unión americana; y así hemos visto que se ha trabado la lucha en territorio antes no disputado. He aquí los hechos indudables que prueban la justicia con que debemos hacer la guerra, á los que hace veinte años están conspirando contra la prosperidad de la República. ¿Necesita el Congreso recordaros, uno á uno, todos los actos de perfidia con que de entonces acá ha mancillado ese Gobierno el nombre venerable de Franklin? ¿Necesita recordaros que sus ciudadanos han usurpado palmo á palmo nuestro territorio? ¿Necesita recordaros que su codicia ha violado nuestras leyes fomentando el contrabando? ¿Necesita recordaros que ese gobierno ha lanzado hordas de bárbaros, tribus de salvajes sobre nuestras poblaciones indefensas, para robar sus bienes, talar sus campos y dar la muerte á nuestros compatriotas? ¿Necesita demostraros la indigna villanía con que, rompiendo los tratados, admitió en su Confederación al mismo Texas, donde nuestra imprudente generosidad dió asilo á sus conciudadanos? ¿Necesita recordaros la infamia con que, agregando al crimen la superchería, tuvo la audacia de declararos invasores de su territorio, cuando hace un año se presentaron nuestras tropas en las orillas del Bravo? ¿Necesita, por último, la Representación Nacional, probaros la necesidad de una guerra de cuyo éxito dependen todos los intereses de nuestra sociedad, todos los derechos de nuestro pueblo, la gloria de nuestro nombre, el porvenir de nuestra raza, la creencia de nuestros padres y la felicidad de nuestros hijos? Cuanto hay de santo, de grande, de necesario para un pueblo, la religión, la libertad, las propiedades, todo, todo está interesado en esta lucha, que de una parte presenta á los mercaderes de la humanidad, conquistando á mano armada un territorio ajeno, y de la otra á los que han abolido la esclavitud, defendiendo su nacionalidad é independencia; de una parte á los Estados Unidos, que han faltado á la fe pública y mentido á la faz del mundo, y de la otra á México, que ha cumplido con sus deberes, y pone al mundo por testigo de su justicia. Y el mundo nos la hará, compatriotas, sea que triunfemos ó que seamos vencidos; porque el mundo no se engaña en sus juicios, y la historia consignará debidamente el que merezcan el bárbaro bombardeo de Veracruz y los demás actos de vandalismo con que el ejército americano ha traza-do su marcha.

La fuerza es el único título de guerra para los Estados Unidos. Pero ¿callaremos ante ella? ¿Qué importan los reveses de la Resaca y Monterrey? ¿Qué la ocupación del primero de nuestros puertos? España, en 1808, vió á los soldados del hombre del siglo pasearse por las calles de Madrid; y después de largos días, que se contaban por las derrotas, arrojó á los franceses, dando sepultura á la mayor parte del ejército y un golpe mortal á la dominación del vencedor de la Europa. Ocupen, pues, los americanos, la Capital de la República; pero sepan que la República tiene tantas Capitales, cuantos Estados Soberanos forman la Federación. El Congreso extraordinario y el Gobierno de la Unión no desmayarán por esto, y la guerra seguirá hasta que se nos haga completa justicia, ó seamos supultados bajo las ruinas de nuestra Patria. Si fuere necesario, los Poderes Supremos se trasladarán á otra ciudad, y de ésta á otra y á otras, á fin de conservar siempre la unidad del Gobierno y la legítima representación de los Estados Uni-

dos Mexicanos. Si hubo un tiempo en que acaso fué posible la paz, ese tiempo ya pasó; hoy no tenemos que escoger entre la guerra y la desgracia, sino entre la guerra y el oprobio. . . . La elección no es dudosa, y vuestros Representantes os juran salvar, ante todo, el honor del nombre mexicano.

Es cierto que tenemos que luchar con un enemigo poderoso que cuenta con elementos de todo género; pero si esta desventaja hace imposible la defensa, ni es parte para que antes de lidiar nos declaremos vencidos. Si la superioridad de la artillería hace de dudoso éxito las grandes batallas, es poco temible para las parciales, que siendo incesantemente repetidas, producen mejor resultado; porque cansan al enemigo, porque le quitan los medios de subsistencia, y porque dividiendo su fuerza, la debilitan y abren el camino del triunfo. Ese medio que también cuadra con la conformación de nuestro suelo, con nuestra organización social y con el carácter de nuestro pueblo, ha sido ya favorablemente puesto en práctica en la guerra de la independencia, y ha comenzado á dar buenos resultados en la presente. El Congreso ha autorizado ya plenamente al Ejecutivo para que organice en guardia nacional á todos los mexicanos, á quienes llama hoy de nuevo, para que levantándose contra la invasión, se apresten á defender palmo á palmo el territorio que redimió la sangre de nuestros héroes. ¡Á LAS ARMAS, PUES, MEXICANOS! Los que, aunque sin merecerlo, obtuvieron vuestra confianza, os convocan á la lid, y os conjuran en nombre de una patria ofendida y digna de mejor suerte, á que os preparéis á lavar con sangre de los americanos las banderas de la *Resaca*, *Monterrey* y *Veracruz*. Un pueblo unido es invencible: y si todos nos adunamos en rededor del Gobierno, el triunfo es seguro; porque si desaparece un regimiento, cubrirá su retaguardia un ejército; si desaparece un ejército, cubrirá su retaguardia la Nación. No se trata solamente de recobrar el territorio usurpado, sino de defender la libertad civil de los ciudadanos, la independencia política del pueblo y la existencia de la generosa raza del Mediodía. Si esta cuestión es de vida ó de muerte para la sociedad americana, que compuesta de elementos heterogéneos debe su conservación á la paz, la paz interior de la Unión desaparecerá sin duda si el éxito de la presente guerra nos fuere favorable.

Mas para sostenerla se necesitan sacrificios de todo género, y la Representación Nacional espera del noble pueblo de Iturbide la más eficaz cooperación. Basta ya de disensiones civiles, basta ya de querellas domésticas: primero es tener patria y después mejorar la organización social. El peligro común debe mezclar todos los intereses, porque todo se pierde si sucumbimos: debe fundir todas las opiniones, porque ninguna triunfa si vencen los americanos: debe, por último, unir á todos los mexicanos, porque todos serán víctimas si se pierde nuestra nacionalidad. El Congreso excita, por tanto, el patriotismo de todos los ciudadanos, á fin de que todos presten al Gobierno cuantos auxilios sean necesarios para llevar á gloriosa cima la defensa de la República. El venerable clero no debe olvidar que de su seno salieron Hidalgo, Morelos y Matamoros, y que el culto de Dios está amenazado de una profanación. Los propietarios deben tener presente que la repartición de sus tierras es el incentivo que atrae á esos soldados que se llaman republicanos; y todas las clases y todos los individuos deben considerar que su honor, sus bienes y su felicidad dependen de la victoria. Esta coronará el esfuerzo de nuestro Ejército, si unidos todos le proporcionamos los recursos que necesita para sostener la campaña, y el Gobierno podrá con más acierto preparar la defensa del interior del país.

Mexicanos: una página de honor ó de oprobio está abierta delante de nosotros.



La Europa nos contempla y espera el éxito para colocarnos entre los pueblos grandes de la tierra ó para confundirnos con los que no son dignos de la libertad. Esta guerra, haciéndonos subir en el concepto de las naciones, fulminará un anatema terrible contra nuestros invasores: nuestro porvenir depende, pues, de ella. Si constantes y esforzados defendemos la rica herencia de Iturbide, el nombre mexicano será un título de gloria que se apresurarán á adoptar millares de extranjeros industriosos, volando á colonizar nuestras hermosas campiñas. Si la victoria nos niega sus favores, muramos como hombres libres, como murieron nuestros padres, y si no podemos legar á nuestros descendientes una patria, leguémosles, al menos, un nombre sin mancha.

México, 14 de Abril de 1847.—*Joaquín Cardoso*, Diputado Presidente.—*Juan de Dios Zapata*, Diputado Secretario.—*Cosme Torres*, Diputado Secretario.

~~~~~

**EL PRESIDENTE SUSTITUTO DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS,  
A LOS HABITANTES DE LA REPUBLICA.**

Mexicanos: Cumpló el triste deber de participaros una nueva y grande desgracia. El Ejército de Oriente ha sufrido un revés, y si bien no tengo aún los datos necesarios para medir el tamaño del mal, sí puedo calcular las consecuencias que producirá el simple paso de los americanos al interior de la República.

No os presentaré un cuadro halagüeño para el porvenir, porque yo no sé engañar. Invadido nuestro territorio por todas partes, la guerra será nuestro estado normal durante mucho tiempo, y los sacrificios de todo género, y los peligros de todas clases nuestro patrimonio. Pero no hay peligros que no debamos arrostrar, ni sacrificios que no debamos hacer para conservar la Independencia de la Nación; porque sin este bien precioso, nada valen los demás goces de la sociedad. El Gobierno conoce sus deberes y está decidido á llenarlos, aunque la muerte sea el término de sus afanes; porque la muerte es nada, si con ella se evita la deshonra: la salvación de la patria no es costosa aun cuando se compre con el precio de la existencia.

El augusto Congreso, concediéndome ayer casi por unanimidad, cuantas facultades sean necesarias para salvar la nacionalidad y las instituciones, ha dado á los pueblos el más solemne testimonio de que en momentos como éstos deben cesar todas las querellas domésticas para atender sólo al peligro común. Seguid, mexicanos, el noble ejemplo de vuestros representantes, y recordando los gloriosos días de Hidalgo y de Morelos, levantaos á defender la Independencia que estos hombres ilustres nos legaron á costa de su sangre. Tended la vista hacia los puntos ocupados por los americanos, y ved la suerte que os aguarda. ¿Consentiréis en ser extranjeros en vuestra patria? ¿Consentiréis en perder vuestros usos, vuestras leyes, vuestro idioma y vuestra religión? ¿Consentiréis en ver desaparecer vuestra raza, la noble raza del Mediodía, para que ocupe su lugar la raza anglo-sajona que trae la esclavitud al hermoso y libre continente de Colón? Recordad los altos hechos, los inmensos sacrificios y la inaccesible gloria de nuestros padres, y caminando por el sendero que nos marcaron, repetid aquellos hechos y aquellos sacrificios, para cubriros con aquella gloria que hará vuestros nombres tan gratos á la posteridad como hoy lo son para nosotros los de los valientes que durante once

años trabajaron constantemente contra el poder colonial para proporcionarnos el bien inestimable que quieren arrebataros los americanos.

Una franca y generosa amnistía será el primer uso que haré de la suma inmensa de poder que se me ha confiado; ese poder no se empleará, yo os lo juro, más que en la defensa de nuestros sagrados derechos; y sean cuales fueren los sucesos de la guerra, sea cual fuere el peligro á que personalmente me exponga, no será mi mano la que firme una paz ignominiosa. Al pedir ayer la ampliación de facultades, yo mismo exigí, como una restricción, la de no hacer la paz, porque aunque estoy seguro de mi resolución; quise, sin embargo, dar una nueva garantía, ya que la imperiosa necesidad de las circunstancias, y sólo ella, me obligó á solicitar más autoridad de la que la Constitución me concede. Nada, pues, tiene que temer la Libertad, nada la Federación: y si los antecedentes de mi vida pública, durante la cual jamás me he desviado de la senda de los principios, no fueron bastantes á asegurarnos de mi lealtad, yo os empeño mi palabra de honor, la palabra de un soldado de la Independencia, que nada debe á las revoluciones, la palabra de un hombre de bien que nada debe á los partidos, y que en el último tercio de su vida no quiere manchar su nombre, único bien que posee.

El Gobierno, que está decidido á llevar adelante la guerra, aunque ésta y todas las capitales sucumban, descansa en el patriotismo de todos los mexicanos, y cuenta con todos ellos para defender la Independencia. Unión, compatriotas; porque la unión es el primero y más necesario de todos los elementos con que se salvan las naciones. El pérfido enemigo que tenemos que combatir ha contado con nuestras disensiones como con el más eficaz aliado: si un solo interés nos mueve, si un solo deseo nos anima, si una sola voluntad nos dirige, los obstáculos serán más fáciles de vencer, menos graves los peligros, y más seguro el éxito. El honor de nuestro nombre depende de nuestra conducta en la presente guerra; y aunque la paz nos volvería las comodidades y los placeres, también estamparía en nuestras frentes la señal de la ignominia; señal que pasaría á nuestros hijos, que se avergonzarían de descender de nosotros, tanto cuanto nosotros nos honramos con deber la existencia á los hombres de Dolores, de Cuautla y de Iguala.

Tengo la satisfacción de anunciaros, que el Excelentísimo Sr. D. Antonio López de Santa-Anna, Presidente de la República y General del Ejército, según las noticias recibidas hasta ahora, aunque no oficiales, ha sobrevivido á la catástrofe: parece que la Providencia no ha querido que apuremos el cáliz de la amargura. Excusado es, mexicanos, que haga mérito de la importancia de esta plausible casualidad; por ella os felicito á nombre de la Patria.

México, Abril 21 de 1847.—*Pedro María Anaya*.

~~~~~

**MANIFIESTO DEL EXCELENTISIMO SEÑOR PRESIDENTE INTERINO A LA NACION.**

Los infaustos sucesos de la guerra me han conducido á la capital de la República, y obedeciendo á la ley, he empuñado otra vez, y por breve tiempo, las riendas del Estado. Es mi deber explicar á la Nación los graves y poderosos motivos de esta conducta, y la marcha que me propongo adoptar, en los momentos solemnes en que se va á decidir de la vida ó la muerte, la honra ó la ignominia de la patria.